

rado de Dios. *Comedit*, esta es la palabra por la que acaba la Escritura la narracion de la primera revolucion moral de la humanidad, palabra fástica en su bajeza, y que se encuentra en el fondo de todo lo que termina. Baltasar comia cuando cayó bajo la espada de Ciro el imperio de los Caldeos; tenia en la mano la copa arrebatada á los sacrificios del verdadero Dios, copa sacrilega que contenia á la vez la negacion y el deleite, cuando el dedo profético escribió en la pared que tenia enfrente, la hora y la causa de su condenacion. Así terminó Babilonia en un festin; así pasó Roma en otro festin; así mueren todos los imperios, con la copa en la mano y con la blasfemia en la boca. Así, Franceses, perecerá el vuestro, si no escuchais estas verdades que os hablan aún, si no se vuelven á levantar para daros un abrigo los muros del Evangelio, medio rotos por vosotros. Ni vuestras ciencias, ni vuestras artes, ni el formidable desarrollo de vuestro poder material, con el cual os creéis asegurados para contener á los hombres, nada de todo esto retardará un cuarto de hora el advenimiento de vuestra caída, llamada por vuestra corrupcion. Ciro, no sé quién será Ciro; pero Ciro, un hombre nuevo creyendo en Dios, y llevando en la una mano la espada y en la otra la pluma que ha de escribir el decreto para reedificar el templo, Ciro desecará aún otra vez las aguas del Eufrates, derribará los muros de Babilonia, y arrojará á tierra de un solo bote la copa y la vida de Baltasar. Todo esto se hará en la hora de una noche, mientras vosotros bebeis y comeis, como los hijos de los hombres en tiempo del diluvio, como los hijos de Israel cuando el hijo de Vespasiano pasaba la muralla de circunvalacion. La misma hora os hallará en la misma mesa, el mismo rayo en el mismo vino. Y vendrán y dirán generaciones nuevas, burlándose de vuestra duda y de vuestras negaciones: Venimos en el nombre de Dios que ha hecho el cielo y la tierra. Razas destruidas, restos impuros de un materialismo abyecto, ó podridos, escuchad, oid la voz de los que os traen verdad, justicia, creencia, certidumbre, con el nombre antiguo de Dios; levantáos, vivid aún, si es posible; partid la victoria con nosotros, si os queda bastante fuerza para bendecir en vuestros vencedores la mano de Dios que os ha castigado y que pone en el castigo la resurreccion.

SERMON SEXAGÉSIMO CUARTO.

De los signos de la caída en la humanidad.

Habeis asistido á la caída del hombre primitivo; sabeis por qué profundos resortes le ha conducido el espíritu del mal de la luz á las tinieblas, de la obediencia á la rebelion, de la inocencia al crimen, de la union mas perfecta con Dios á una sacrilega separacion. Pero, señores, la falta de Adán ¿no ha tocado mas que su personalidad, ó ha tocado la naturaleza humana que estaba en él como en su fuente, y que debia derramarse por él á lo lejos hasta las últimas ramas de una posteridad indefinida? Es claro que esta falta no la habia dejado lo mismo que ántes, que habia sentido sus efectos desastrosos, tales como el oscurecimiento del entendimiento, la debilitacion de la voluntad, la predominancia del cuerpo sobre el alma y de los sentidos sobre la razon, consecuencias lamentables que se nos revelan demasiado por la experiencia que hemos hecho en nosotros mismos del imperio del pecado. ¿Pero estas consecuencias se han detenido en la naturaleza humana tal como se hallaba circunscrita en la personalidad de Adán, ó bien, pasando además con el pecado mismo, ejercen aún en la sustancia hereditaria del hombre una eficacia lamentable? Esto es lo que se trata de saber, y por aqui tocamos no solamente al dogma fundamental del cristianismo, sino al dogma donde todo órden, toda moral, toda política, toman con su fuente la regla de su curso. Segun el partido que abrazan bajo este respecto los sabios y los caudillos de las naciones, todo cambia, todo marcha bajo una ú otra pendiente para no volver á encontrarse jamás. Porque es imposible que con un punto de partida tan diferente sobre el estado interior y nativo del género humano, no se llegue á conclusiones prácticas de una enemistad irremediable.

Hallámonos, pues, en presencia de esta cuestion: ¿Se corrompió Adán en su persona ó en su naturaleza, en su persona intransmisible y no pudiendo pertenecer mas que á él, ó en su naturaleza comunicable, en esta parte de sí mismo que debia llegar hasta nosotros para ser nuestra vida despues de haber sido la suya? El pecado,

separacion profunda é injusta del hombre con Dios, ¿se ha detenido en el órden primitivo, ó bien identificándose en la carne y en la sangre de la humanidad, ha manchado á la especie humana misma? ¿Nacemos puros ó viciados en la serenidad del bien ó en la confusion del mal? Esta es, repito, la cuestion.

Hay sobre este punto una extraña division del ingenio humano, aun bajo el punto de vista filosófico. Hay sabios que se han afectado de tal modo por el estado de la bajeza y de la miseria moral en que se ha sumergido la humanidad, que no han podido explicársela sino por una degradacion primitiva y universal, consecuencia de alguna falta que hubiese alterado el plan de la creacion. Otros se hallan tan vivamente alejados de este pensamiento, que les parece ser el escollo del cristianismo, y que no hay nada que pueda inducirlos á entender cómo ha podido manchar la falta del hombre que no existe ya á hombres que aun no existian en el momento en que se cometió. Tenemos, pues, que navegar entre estas dos corrientes contrarias, la una que nos lleva á velas desplegadas á las aguas del cristianismo, la otra que nos rechaza de su seno, como de una mar sin profundidad, donde aparecen los arrecifes en la superficie de las aguas. Pero, gracias á Dios, tenemos una estrella para conducirnos, y esta estrella aquí es nosotros mismos, nuestra conciencia, la historia de la humanidad dentro y fuera de nosotros. Para conocer si nacemos en el bien ó en el mal, si traemos al mundo una herida cuya causa es anterior á nuestra existencia, basta sondear el corazon del hombre, y esto es lo que os ruego que hagais conmigo.

El tejido de la vida humana se compone de dos clases de acciones; las unas que inspiran estimacion, respeto, admiracion y amor, y las otras que engendran alejamiento, desprecio y hasta horror. Si os recuerdo á Tito, diciendo una noche á sus cortesanos ó mejor á sus amigos, pues que este es el nombre que él les daba: « Amigos, he perdido un día, porque hoy no he hecho bien á nadie; » os sentiréis conmovidos, y salvando los siglos por un súbito impulso, arrearéis con vuestra voz la voz unánime del pueblo romano dando á su mejor César el nombre mas bello que llevó jamás hombre alguno, el nombre de *delicias del género humano*. Pero si os resucito á aquel otro César enviando un asesino en busca de su madre salvada de un naufragio, y diciendo esta madre al asesino, *hiere en el vientre*, arrojareis un grito, y uniréis vuestra maldicion á la maldicion que pesa sobre ese monstruo. Y no obstante, Neron era un hombre lo mismo que Tito; su parricidio era el pensamiento y la voluntad de

un hombre, lo mismo que la exclamacion de Tito lamentándose de un día de su vida en que no habia tenido ocasion de hacer bien. ¿Qué pensais, pues, que debe ser mas frecuente entre nosotros, actos que nos acerquen á Tito, ó actos que nos acerquen á Neron; actos que nos inspiren un respeto piadoso, ó actos que excitan la indignacion y el desprecio? Parece que deberian ser los primeros, puesto que estamos involuntariamente de acuerdo para honrarlos; pero ¡ay! no es nada de esto. Lo que es comun, es el vicio; lo que es raro, es la virtud. Comparando el bien y el mal, tales como se producen en nuestra historia comun, observamos desde luego por parte del mal una extraña y terrible preponderancia de facilidad. El mal no nos cuesta nada; para cometerlo, basta dejarse llevar. Es una nave que no necesita velas, ni remos, ni esfuerzos, ni aun tempestad, porque tiene en sí misma sus vientos, sus olas, su pendiente y su huracan. El bien, por el contrario, no sale de nuestra alma sino por una concepcion dolorosa; nave frágil y mal armada, es necesario que remonte al curso de las olas, y que teniendo contra sí todos los furors del cielo y de la mar, se mantenga en su ruta sin declinar jamás. La virtud, señores, es tan difícil, que la hemos llamado la virtud, es decir, la fuerza por excelencia, y que en todas las cosas se muestra en la cumbre, como el supremo esfuerzo del hombre. Fuera de ella todo es fácil, nacimiento, fortuna, talento, la gloria misma, y quien lo posee todo, no la posee aún. Que suba un príncipe al trono, y tendrá aquel mismo día en torno suyo y á eleccion, los instrumentos de su reinado, hombres de todo mérito y de todo renombre; pero si Dios le ha dado la sabiduría por una de esas bendiciones que consuelan algunas veces la tierra, discernirá con la primer mirada un lugar vacío en medio de sus cortesanos, y llagada la noche, cubierto con un traje oscuro, irá á llamar á la puerta del hombre de bien para suplicarle en nombre de Dios y de la patria, que le traiga el raro socorro de una virtud desinteresada. ¿Qué nos falta, señores, en este grande imperio francés? ¿Son hombres de ingenio, las letras, las artes, las ciencias, la fertilidad del suelo, la belleza de las riberas y la potencia de los mares? No, el cielo ha agotado para nosotros el misterio de sus dones; ningun pueblo ha recibido mas, y ningun pueblo, no obstante, es menos dueño de su suerte; ¿qué nos falta pues? una sola cosa, la virtud. Y en cada siglo, cuando se oye de alto y en silencio el ruido de la historia, advierte el alma que lo que domina son las pasiones, y que la virtud no tiene mas que algunas horas y algunos héroes.

Hay, pues, en nosotros ciertamente preponderancia del mal sobre el bien por la facilidad. Yo añado : por la espontaneidad. El mal no necesita cultura; nace sin preparacion, como los zarzales en una tierra abandonada. Dejad al niño en el curso natural de sus instintos, ¿y qué llegará á ser? Un egoista, un déspota, un pequeño monstruo que, despues de haber abusado de su debilidad contra su nodriza y contra su madre, abusará de su fuerza contra sus compañeros de edad y de placer, hasta que, habiendo llegado á la madurez del vicio, no presente mas que un espectáculo inferior al que da el salvaje, el espectáculo de la animalidad pura, alimentándose de disolucion y de crueldad. Es necesario, es necesario detenerle temprano, castigar su tiranía, enseñarle que tiene deberes ántes de tener derechos; es necesario inclinar su cabeza, y doblar sus rodillas; es necesario que se humille, que pida perdon de sus faltas, que llore por haber ofendido, que soporte con perseverancia la instruccion del castigo y la iniciacion del amor, y que abatido, vuelto á levantar, ajado, maltratado, acariciado, llegue en medio de los hombres, si no dulce y verdaderamente amable, al menos pulido como un mármol al salir del alma y de los golpes del escultor. Sin educacion, no hay civilizacion; es decir, que el hombre es nativamente bárbaro, y que la bondad se desarrolla en él por una cultura profunda cuyo arte exige una santa ternura en una virtud varonil. ¡Desgraciado el imperio que no sabe educar á sus hijos! ¡Desgraciado el imperio que confunde la enseñanza con la educacion, que cree que el bien brota de la ciencia y de la literatura, cualesquiera que sean, y que alinear palabras que se equilibran, es preparar el alma del hombre y del ciudadano! La educacion es la tradicion de la obediencia, del respeto y de la adhesion, á una alma impaciente del yugo y llena de egoismo, tradicion sublime cuya ausencia no la repara nada, y cuya necesidad prueba invenciblemente la preponderancia espontánea del mal sobre el bien.

Hémos aquí ya bien lejos en el conocimiento de nuestro estado moral, y desde ahora podemos afirmar que la naturaleza humana está inclinada en un sentido malo, pues que considerada en su cuna ántes de toda accion del hombre, no se eleva hácia el bien sino muy lentamente, por vias árduas y con el auxilio de una educacion que le viene de afuera, mientras que el mal se produce en ella de un golpe fácil y espontáneo. Pero no es esto todo: no hay solamente en la naturaleza humana facilidad y espontaneidad de mal; observamos en ella aun la incapacidad del bien bajo relaciones muy esenciales. Yo

nombro á Dios. Siendo Dios nuestro Criador, nuestro Padre, el único ser que no nos debe nada, y á quien nosotros se lo debemos todo, es justo que estemos con él en relaciones de reconocimiento y de amor; es justo tambien que le amemos sobre todo, pues que excede á todo en bondad. ¿Y lo hacemos así? Todos vosotros, señores, que no teneis otra regla que los principios y los sentimientos de la naturaleza, porque habeis rechazado los del cristianismo; vosotros todos sin excepcion, ¿amais á Dios? ¿Está presente en vuestro espíritu? ¿Os elevais hácia él por actos positivos de benevolencia, de accion de gracias, y aun de simple recuerdo? No, evidentemente no; y yo, lo mismo que vosotros cuando no tenia en mí mas que la naturaleza humana, os lo confieso, no amaba á Dios, y ni aun pensaba en él. Iba á mis alegrías y á mis negocios de hombre jóven, dejando á Dios en sus negocios y en sus alegrías. Tal era mi estado, tal es el vuestro; y no obstante, nos es tan natural el amor, es tan próximo pariente nuestro, que nada nos es mas fácil y mas necesario que amar. Mañana os levantaréis vosotros: habrá en el aire una dulzura, un perfume de primavera; los árboles se conmovrán suavemente por el presentimiento de un hermoso dia; abriréis vuestra ventana, y saldrá un amor de todos vuestros sentidos para ir delante de la naturaleza, y embriagarse en ella de aire, de luz y de calor. Cerca de vosotros, sobre la piedra exterior, os mirará una flor, una flor que habréis visto nacer en el frio del invierno, y que habréis expuesto á los primeros rayos de un sol mas dulce; volveréisle su mirada, os la acercaréis, y por inanimada que esté é impropia que sea para el amor, entablaréis de vosotros á ella y de ella á vosotros cierto trato en que se interesará el corazon. Pero Dios... ¡Ah! En Dios pensais menos que en el viento, menos que en el aire, menos que en la luz, menos que en la flor; ¿qué es Dios? Llegaréis á la vejez; vuestra juventud, alejándose de vosotros, no os enviará mas que recuerdos tristes y frágiles imágenes de vosotros mismos, y los oscurecimientos de la edad avanzando siempre, no os quedarán en breve mas que ruínas sin amistades. En aquel tiempo, por algunos dias de otoño, cuando se le hace mas dura al anciano la soledad, á causa de las melancolías del cielo, descenderéis pesadamente á la calle, y mirando acá y allá, buscaréis si hay á mano algun pobre animal abandonado como vosotros y que necesite de un buen amo. Si la Providencia os lo envia, le recogeréis dulcemente entre vuestro vestido, y llevándolo á vuestro hogar, le haréis sitio como á vuestro último amigo, el último que

beberá en vuestra taza y á quien daréis de vuestro pan. Y si sois pobres, sufriendo á la vez por la edad y por la necesidad, se formará entre vosotros y el animal una amistad mucho mas fuerte y mas sagrada; os cercenaréis de vuestra vida para conservar la suya, y él reanimándoos con su juventud y su reconocimiento, tendrá vuestro corazon vivo hasta el último suspiro, hasta el dia en que, habiéndose acabado todo, se irán del mundo vuestros restos acompañados de dos solas criaturas, el sacerdote y el perro: el sacerdote para bendeciros aún una vez en nombre de Dios; el perro para lloraros en el nombre de la naturaleza. Conclusion, señores; nos es mas fácil amar á un perro que amar á Dios, es decir, que por una incomprensible ingratitud, nos es mas extraño Dios que todo el mundo. ¿Es esto lo que deberíamos ser? ¿Es este el estado en que nos puso Dios por el acto mismo de nuestra creacion?

Nosotros no estamos con nuestros semejantes en mas justas relaciones. Deberíamos amarles, pues que la benevolencia es la ley de las relaciones entre los seres de la misma naturaleza y de la misma sangre; ahora bien, ¿les amamos? ¿Amais al hombre? Os lisonjeais de amar al hombre, no digo á vuestro padre, á vuestra madre, á vuestros hermanos, á vuestras hermanas y á vuestros amigos, porque esto no es el hombre, sino que es vosotros mismos; pero al hombre, al que llamaban los antiguos *hostis*, al hombre de afuera, al extranjero, á este hombre ¿le amais? Sois rico, ¿pensais en el hombre pobre? Disfrutais de alegría, ¿pensais en el hombre que sufre ó que padece? Si pensais en él, y lo creo, no es en nombre de la naturaleza, sino en virtud de un elemento superior que teneis del cristianismo, y que obra aún en vosotros aun cuando habeis repudiado su origen; y ¡cuán débil es este movimiento generoso! ¡Cuán lejos está de la amistad! ¡Creeis hacer mucho quitando de vuestros placeres y de vuestro lujo una superfluidad insensible, y hecho esto, descansais en el pensamiento de que sois humanos! Os decís: yo he pagado mi deuda á la desgracia, puedo ser feliz tranquilamente; que no se me hable mas de esto. Y esto es tambien efecto de una doctrina que ha cambiado el mundo y que ha introducido en él la caridad. ¿Qué sería si yo os hablara del hombre antiguo? ¿Creeis que los Espartanos amasen á los Ilotas? ¿Que los veinte mil ciudadanos de Atenas amasen á los dos ó trescientos mil esclavos que necesitaban para vivir? ¿Que los Romanos amasen á los deudores á quienes torturaban en el *Ergastolo*, y á esos millares de desgraciados sujetos á la gleba de su gloria? ¿Veían ellos,

unos y otros, veían á su prójimo en el esclavo y en el vencido? Veían en él un instrumento de sus deseos, cualesquiera que fuesen, una carne mas perfecta que la de la bestia salvaje, ó la bestia doméstica, y cuando la marchitaban á medida de su disolucion y de su crueldad, no les ocurría ni aun el pensamiento de que faltasen á la justicia y al honor. Subían de la tribuna al Capitolio con la seguridad de ser un gran pueblo, el señor del mundo, el amigo de los Dioses; y vosotros les hubierais causado la mayor admiracion, si les hubieseis hecho ver que ellos no eran mas que ilustres y sacrílegos asesinos. Tal es el hombre para el hombre, mientras la naturaleza humana no es purificada por el cielo por el contacto de la caridad; y aun despues de haber recibido del cielo está milagrosa inauguracion, permanece en ella una horrible levadura de egoismo que se revela por medio de preocupaciones y actos inhumanos. Hásenos dicho que somos hermanos, y lo creemos; y á pesar de esta fe, basta alguna ventaja de nacimiento ó de fortuna para hacernos formar ilusiones sobre la distancia que nos separa del hombre que necesita trabajar y que yace en la oscuridad. Una mujer cristiana se admira de ser de la misma naturaleza que sus domésticos, y parecele la bondad que les concede una obra maestra de humildad comparable á la humillacion del Hijo de Dios sobre la cruz; y se crea una virtud de lo que no es mas que un deber ó una verdad. Otras se olvidan de esta virtud hasta depreciar á sus domésticos, á aquellos de quienes se ha dicho por boca de Dios mismo: *Lo que hicieres al mas pequeño de mis hermanos, lo haces á mi mismo* (1). Y en fin, despues de tantos siglos iluminados por el Evangelio, las razas humanas divididas siempre en pueblos y en partidos, se entregan á guerras, cuyo libre alimento es la ambicion de todos contra todos. *La espada*, á pesar de la prediccion del Profeta, *no se ha convertido aún en reja de arado* (2); el hombre se ha suavizado para el hombre, pero aún no ha abrazado al hombre.

¿Pero no encontraremos al menos, señores, no obstante hallarnos separados de Dios y de nuestros semejantes por nuestros instintos nativos, entregados á este doble desorden, no encontraremos dentro de nosotros mismos una armonía que nos consuele de no ser mejores? ¡Ah! sin duda, la paz debería estar en nosotros, pues que somos uno, y no obstante, no hay ningun lazo del mundo donde

(1) San Mateo, cap. 23, vers. 40. — (2) Isaias, cap. 2, vers. 4.

sea mas rara y donde mas falte. La guerra grande, la inmortal, la guerra sagrada, tiene en nosotros su teatro. Nuestro ser, á pesar de su unidad, se divide en dos regiones, el alma y el cuerpo, cada una de las cuales pretende el imperio soberano; y ¡cosa inaudita! no es el alma quien se halla asegurada de reinar. El alma que conoce y que nombra á Dios, el alma elevada por su sustancia y su vida propia sobre todos los elementos terrestres, el alma que ha salido del cielo y cuyo movimiento invencible es volver á él, el alma se siente dominada por este cuerpo, y arrastrada por él hácia pasiones que no pueden nombrarse. Aun asistida del espíritu de Dios soporta con dificultad esta horrible tiranía, y cuando se retira de ella este espíritu por haber ella desconocido la necesidad que tiene de él, no le queda contra la ignominia de la servidumbre mas que remordimientos impotentes que aumentan su vergüenza probándole su libertad. El alma es libre, y no obstante es esclava; es libre por naturaleza, esclava de hecho; puede y debe mandar y no manda. Su superioridad subsiste en su humillacion; su responsabilidad en su debilidad, y cada una de sus faltas, irrecusable testigo de su degradacion, le acusa no obstante á su propio tribunal, y le recuerda su grandeza. Así sufre juntamente dos martirios contradictorios, el martirio de la caída que le viene de su cuerpo, y el martirio de la conciencia que le viene de sí misma. ¡Oh! ¿Quién de vosotros, señores, no solamente en los ardores de la juventud, sino en los hielos de la edad, no ha sentido dolorosamente este increíble estado de nuestra personalidad? ¿Quién de vosotros, si no está enteramente abandonado á la abyeccion de los sentidos, no ha llorado lágrimas misteriosas sobre sí mismo, y no ha elevado al Cielo pensamientos inciertos y suplicantes? Ninguna fuerza de espíritu, ninguna elevacion de fortuna nos defiende contra los golpes de este mal, que se podría llamar el mal caduco del alma. Los antiguos lo sabian y nos lo han dicho en una fábula que ha permanecido célebre entre todas las que nos vienen de su genio. Hércules, el hombre heróico, habia vencido los monstruos y pacificado los imperios; en el mayor auge de su gloria, en la madurez de una edad que solo anunciaba el reposo de una grandeza imperecedera, recibió de una mujer una túnica preciosa que se apresuró á ponerse. ¡Desgraciado! apenas toca en su carne el frágil tejido, cuando siente consumirle un fuego devorador, lleva á él las manos, quiere arrancarlo de sus miembros generosos; pero en vano, el hilo emponzoñado es mas fuerte que

aquella mano que habia abatido á los tiranos. ¡Hércules! ¡Hércules! ¡no te admires, el hombre puede vencer los monstruos, pero no arrancar de su carne la túnica de Deyanira!

Y si os parecen sobrado profanos estos acentos, escuchad á San Pablo, el jóven caido de su caballo en Damasco, y que llevó al cristianismo todo el fuego de una alma que pasa de la persecucion al apostolado. Oidle quejarse de las luchas desgarradoras que no habia podido hacer cesar en su pecho tan alta predestinacion: *En verdad, no comprendo lo que hago; porque el bien que quiero no lo hago, y realizo el mal que odio... Complázcome en la ley de Dios, segun el hombre interior; pero veo en mis miembros otra ley que es contraria á la ley de mi espíritu, y que me cautiva en mi cuerpo bajo el yugo del pecado. ¡Desgraciado de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?* (1)

Tal era el grito de San Pablo, envejecido ya, y llevando en su carne la mortificacion y los estigmas de Jesucristo, apaleado por su fe, agoviado por largas peregrinaciones, y apresurándose al martirio que debia consumir su carrera. Este hombre, San Pablo, no hace lo que quiere, hace lo que no quiere, se estremece de la dominacion del mal sofocada en sus sentidos, y pide á la muerte como Hércules en el monte Oeta, que le libre de él; pero le pide una muerte divina que no conocia Hércules. ¿Qué será, pues, de nosotros, Dios mio? ¿Quién nos dirá lo que somos? ¿Es nuestra naturaleza el crimen ó la virtud? Si es el crimen, ¿cómo tenemos remordimientos? si es la virtud, ¿cómo nos es tan doloroso su reinado?

Sea, pues, señores, que consideremos al hombre en sus relaciones con Dios, con sus semejantes y consigo mismo, notamos en él una incapacidad nativa para el bien, un estado del alma injusto y falso. Todo bien nos cuesta un largo aprendizaje; aun despues de haber adquirido su hábito, casi nunca lo ejercemos sin esfuerzo; y en fin, es de las virtudes necesarias que exceden á nuestras fuerzas naturales, y cuyo santuario permanece para nosotros inaccesible, mientras no nos introduce en él Dios con el auxilio de un socorro divino. Al contrario por parte del mal, todo es para nosotros posibilidad, facilidad y espontaneidad. Doble fenómeno, uno de los cuales confirma al otro, y de donde resulta la certidumbre de que el hombre nace con un libre albedrío *debilitado é inclinado*, para

(1) Epístola á los Romanos, cap. 7, vers. 15, 22 y siguientes.

servirme de la expresion misma del Concilio de Trento. Pero el libre albedrío es el centro de nuestra actividad moral; reasume en sí la inteligencia que delibera, la imaginacion que conmueve, el corazon que persuade, la voluntad que manda, y su debilitacion es tambien la debilitacion de todas nuestras facultades, su inclinacion la mala inclinacion de toda nuestra naturaleza.

Advertid que no os hablo de los males físicos del hombre, de sus penas corporales y espirituales. Esta pintura podria ser viva; pero no arrastraria la consecuencia de que el hombre haya decaido por culpa suya del estado primitivo en que le crió Dios. Porque, aunque nos complazcamos en representarnos la bondad divina como incapaz de imponer un sufrimiento á quien no lo ha merecido previamente, comparando, no obstante, las delicias de la vida eterna con las aflicciones de la vida presente, se puede concebir que haya puesto una Providencia amable y dulce el goce de las unas al precio de la aceptacion voluntaria de las otras. Dejo, pues, á un lado este órden de consideraciones, y admito sin reserva, como o quiere la doctrina de la Iglesia, que Dios hubiera podido crear al hombre tal como nace en el dia; añadiendo, como quiere tambien la doctrina de la Iglesia, salvo el pecado, salvo el mal moral. Ahora bien, ¿no es un mal moral la debilitacion de nuestro libre albedrío para el bien y su inclinacion en sentido opuesto? ¿no es un mal moral la extrema dificultad del bien comparada con la extrema facilidad del mal, y sobre todo, la incapacidad nativa de llegar á virtudes sin las cuales estamos con Dios, con nuestros semejantes y con nosotros mismos en relaciones falsas? El hombre debe naturalmente amar á Dios y al hombre, debe naturalmente respetar su cuerpo, y no hacer de él un instrumento de los mas homicidas y de los mas vergonzosos deleites; ahora bien, es constante por la observacion, de acuerdo aquí con la fe, que nuestra actual naturaleza, abandonada á sus únicos recursos, no es capaz de llenar estas santas y estrictas obligaciones. Ella viene, pues, al mundo en un estado, no solamente imperfecto é inferior, sino en un estado moralmente malo. No hay duda que Dios es libre en crear seres en el grado de perfeccion ó de imperfeccion que quiera; pero no en un estado contradictorio á la esencia que les da, á los instintos que les inspira, á los deberes que les manda cumplir. Puede rehusar á una criatura el libre albedrío, si no le conviene elevarla al honor y á los peligros del órden moral; pero si la llama á él, si la somete al peso de la responsabilidad, la investirá de un libre albedrío proporcionado á esta generosa vocacion, y no de un libre al-

bedrío *debilitado é inclinado*, falto del poder necesario para corresponder plenamente á las leyes de su oficio.

¿Cómo, pues, explicarnos este deplorable estado, de que somos á un mismo tiempo ocasion, prueba y víctima? Esta es, señores, la famosa cuestion del origen del bien y del mal que ha ocupado tanto á los sabios, y que es la primera en efecto de toda filosofia dedicada al estudio del hombre y de sus deberes.

Cuando Alejandro, rey de Macedonia, tomó á Tiro y salvó las bocas del Nilo, fué á los desiertos á consultar el oráculo de Júpiter Ammon. Sobre lo cual se interpela de esta suerte un antiguo filósofo, Máximo de Tiro: « Veamos lo que este grande hombre va á preguntar á los Dioses. » Alejandro preguntó cuáles eran los orígenes del Nilo, y el sabio citado continúa: « Mas digno de él y mas útil para nosotros hubiera sido que hubiese preguntado cuál era el origen del mal; porque poco nos importa saber de qué region desciende el Nilo, y nos importa mucho saber de dónde provienen los males que abruman á la humanidad. » Lo que Máximo de Tiro esperaba de Alejandro y de Júpiter Ammon, han tratado de decírnoslo todos los filósofos, y es necesario que recorramos rápidamente sus sistemas, para conocer su fragilidad, y prepararnos por esta via negativa á la doctrina del cristianismo.

La primera explicacion nos la da la mejor de las filosofías, la filosofia espiritualista. ¿Qué es lo que nos dice? Persuadida de la vocacion de nuestra alma al bien por un Dios soberanamente sabio y bueno, no ve en estas pasmosas miserias de nuestro estado moral mas que una prueba á que ha querido sujetarnos la Providencia para darnos ocasion de merecer la recompensa de una vida mas perfecta. Sucede con las penas de este órden como con las penas del cuerpo; unas y otras tienen el mismo objeto, el desapego de este mundo, la educacion del alma, su progreso hácia Dios por la virtud. Si el hombre hubiera nacido en un exacto equilibrio entre el bien y el mal, hubiese merecido sin duda, pero no hubiera conocido, esas terribles ocasiones en que se levanta el corazon en medio de las tentaciones y debilidades hasta el heroismo, y da mas gloria á Dios por un solo sacrificio que en mil actos de una bondad fácil y vulgar.

Estas ideas, señores, son familiares á muchos de vosotros, á todos los que, rechazando el cristianismo, quieren salvar no obstante en su entendimiento los fundamentos del órden moral. Pero ¡cuán lejos están de conseguirlo! La debilitacion del libre albedrío no es ni una prueba, ni un medio de prueba; ya hemos dicho que la